

863
A

PQ 6601
L7
R4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Es PROPIEDAD

97970

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

A medida que el tren avanzaba por aquellas llanuras, á trechos cubiertas de árboles y mieses y á trechos mostrando la blancura de su corteza calcárea, Juan Uceda iba cayendo en una especie de modorra irresistible, precursora de uno de esos sueños pesados que suelen acometer en las últimas horas de viaje, cuando apunta el alba. No era precisamente aquella hora la del amanecer, pero hacía sus veces con exceso. Las nubes que hasta entonces, en la estepa manchega que á la espalda quedaba, ocultaron el cielo, habíanse disipado, y el sol esplendoroso del Mediodía llameaba triunfante, anunciando un día de calor.

Juan, que iba solo en el departamento, abrió todas las ventanillas buscando la frescura del aire matinal. Hizo esfuerzos por distraerse con el paisaje, deseoso de contemplar su hermosura severa, pero no pudo. Se echó sobre el asiento, cerró los ojos y le pareció que caían sobre él, juntamente, la fatiga del viaje nocturno y el inmenso cansancio

de su alma, para cuyo remedio había salido de Madrid. Pero ni siquiera pudo enfrascarse en una de aquellas meditaciones que en él eran frecuentes y constituían su mayor delicia espiritual. Sentíase aplastado, incapaz de pensar, apeteciendo sólo el reposo, el sueño profundo que no llegaba, turbado por el estrépito del tren y la conciencia oscura, que Juan no perdía, de estar ya al término de su viaje, de tener que echar pie á tierra y entendérselas con mozos de estación, carabineros, cocheros de punto y agentes de consumos.

Cada vez que paraba el tren, Juan experimentaba un sobresalto, trataba de levantarse y levantaba, en efecto, la cabeza; pero enseguida, el relativo silencio que por minutos reinaba, interrumpido tan sólo por alguna que otra voz, por el golpe sordo de las mercancías y equipajes, lanzados á tierra con escaso cuidado desde el furgón de cola, ó por el tintineo de la campana de aviso que el mozo de estación llevaba de un lado á otro, volvía á amodorrarle y le obligaba á tumbarse de nuevo.

El tren parecía aumentar su velocidad á cada momento. Juan experimentaba claramente la sensación de que marchaba cuesta abajo y, á la vez, sentía que el calor aumentaba, que el sol triunfante y ardoroso, deslizándose por los bordes de las cortinillas azules, le envolvía en una atmósfera caliginosa, que suscitaba en la piel picores vivísimos, perturbadores del sueño. Una tras otra iban pasando las estaciones, y cada vez era en ellas menor el ruido. Las gentes, si las había, debían, más

que andar, deslizarse sobre el suelo, subir y bajar al tren pausadamente, con movimientos reposados y suaves. Palabras sueltas, desgranadas de conversaciones cuyo principio y fin no se oían, sonaban como si el eco las trajera de un punto lejano. El silencio vencía, acentuándose más y más al contraste con el estrépito del tren, que cesaba bruscamente. Juan creía haber entrado en un mundo en que la vida, en vez de correr, rumorosa y febril, manaba lentamente, con languidez sedante y atractiva, sin noción del tiempo ni inquietudes por el momento futuro. Dejándose llevar por esa sensación que le empapaba el cuerpo entero, cesó de luchar y cayó plenamente en la modorra enervante, que no dejaba paso ni aun á los ensueños.

De ella salió bruscamente, sobresaltado por un silbido de la locomotora, más largo y agudo que todos los anteriores. Púsose en pie, y con los ojos medio entornados, heridos por la luz cruda y violenta del sol, miró por la ventanilla. El paisaje había cambiado. Hacia el Este, la faja oscura del mar cerraba el horizonte como una barrera y desde él corría, en dirección Norte, alta cadena de montañas, de forma piramidal en su mayoría, que llegaba, formando un semicírculo, hasta cerca de la llanura abarrancada por donde corría el tren. Al Sur, la línea del mar continuaba, interrumpida por algunos cerros y, de pronto, internábase en la tierra, formando profunda bahía que un cabo larguísimo cerraba en último término. La llanura árida, polvorienta, mostraba plantaciones muy

clareadas de almendros de hoja pálida y tronco rugoso, sobrepujadas aquí y allá por alguna palmera de gracioso y ondulante penacho. En uno de los cerros del Sur parecía ondear una bandera y brillaba el revoque blanco de algunas construcciones. Al terminar una curva de la vía, apareció, en la falda del cerro, la cúpula, pintada de azul, de una iglesia. A la derecha se alzaron los mástiles de algún buque de gran porte. Minutos después, el tren, haciendo sonar con gran estrépito la plancha giratoria puesta entre dos vías, entraba en la estación de Levantina y paraba antes de llegar al andén.

Volvió á reinar el silencio. Un revisor, con aire aburrido, recorría los vagones para recoger los billetes, mientras otro empleado, con blusa azul, gorra de visera y alpargatas, tomaba notas en un cuaderno, como si contase las unidades del tren. La máquina, desenganchada, volvió atrás por una vía inmediata, moviéndose sin gran prisa, con aire solemne. Después, empujó al tren por la cola y lo fué metiendo bajo la montera de cristales que cubría el andén. Las portezuelas se abrían. Algunos viajeros gritaban llamando: quién, al mozo de equipajes, quién á un pariente ó amigo. Juan miró á todos lados antes de decidirse á bajar. Todas las caras le eran desconocidas. Nadie le esperaba.

Bajó, todavía medio dormido, y echó á andar maquinalmente, con la maleta en una mano y el atamantas en otra. Atravesó una puerta, un corredor estrecho y, de pronto, se encontró en el pórtico de la estación, frente á la ciudad deslumbradora de

luz, que el cerro del castillo, como una gran pantalla amarilla, reflejaba sobre las casas, envolviéndolas en dorada niebla á través de la cual veíase, limpiamente, el dibujo vigoroso, duro, de líneas y sombras.

Al pie de la escalinata, en la carretera llena de polvo calizo, los coches de punto esperaban á los viajeros. Los conductores voceaban sin cesar:

— ¡Aquí, aquí!

— ¡Señorito, un coche!

— ¡Fonda del Universo! ¡Hotel Suizo! ¡Hotel Miramar!

Y agitaban el mango de sus látigos, sin cuidarse de las amonestaciones de los guardias municipales de caballería que, á cada momento, avanzaban haciendo eses, para despejar la salida sin atropellar á nadie.

Uno á uno, fueron desfilando los coches, con gran ruido de cascabeles y grandes nubes de polvo; y Juan seguía inmóvil, en lo alto de la escalera, contemplando el cuadro y sintiendo vagamente el ridículo de su inacción, que empezaba á chocar á las gentes.

De pronto, creyó oír voces que le llamaban. Al trote largo de un caballito negro, cubierto de sudor, llegaba una tartana haciendo ondular sus cortinillas grises. Paró lo más cerca que le permitieron los guardias, y de ella vió Juan saltar, con agilidad pasmosa en sus setenta años, al tío Vicente que, contra su costumbre, llegaba tarde.



II

Atravesaron la ciudad, sin detenerse, por la carretera paralela á la dársena. El caserío alegre y lujoso, revocado de mil colores, bordeaba el lado izquierdo, en larguísima fila; y á cada paso avanzaba sobre la acera el toldo de un café, cobijador de mesas y sillas desiertas á aquella hora, envueltas en el vaho de agua que del regado piso iba evaporándose rápidamente. Al otro lado, el paseo de palmeras ofrecía enérgicos contrastes de sol y sombra, recortados sobre la grava de los andenes; y por entre los troncos y las curvadas ramas, veíanse los barcos anclados, las chimeneas de los vapores coronadas de humo, los altos mástiles de los bergantines suecos que descargaban madera. Adivinábase la incesante actividad del puerto en los mil ruidos que poblaban el aire: vibrantes choques de rieles; sordos golpes de pipas vacías; rechinar de poleas; silbidos del tren de descarga; todo ello fundido y armonizado por la

distancia y el ambiente. El mar, á trechos, centelleaba herido por el sol.

— ¡Estás desconocido! — decía el tío Vicente. — Hace veinte años que no te veo y, con franqueza, no pensaba encontrarte tan grueso, tan alto y... tan joven.

Juan se echó á reír.

— Vamos, usted creía que iba á ver un madrileño como esos que pinta la leyenda provinciana: pálido, delgado, calvo, sin pizca de sangre en las venas, un viejo prematuro, producto moderno de las grandes poblaciones,

El tío Vicente rió á su vez.

— ¡No, hombre! Ya sé yo que en Madrid hay de todo. Pero quien trabaja como tú, no suele echar carnes, ni conserva la juventud muchos años; y como tú mismo no dejas de quejarte...

— Ese es otro cantar — interrumpió Juan, poniéndose súbitamente serio. — No tengo más que fachada, tío. Pero por dentro...

Calló, sintiendo nuevamente toda la fatiga de su alma y el peso enorme de la mala noche, que había conseguido vencer por breves momentos.

— Neurastenia, exceso de trabajo — repuso el tío. — Verás qué bien te sienta una temporada de reposo en estos campos, á orillas del mar. Es cosa probada.

— ¿Neurastenia? — repitió el sobrino. — No digo que no. Pero si he venido, no es por lo que usted cree. El trabajo intelectual no me cansa... Es cuestión de método. ¡La lucha, la lucha con los

hombres, el rozamiento continuo con la brutalidad humana, con la ignorancia, con la maldad, con la rutina, con las miseriucas todas del vivir, eso es lo que mata! Estoy cansado; me rindo, y abandono el combate. Busco reposo en el aislamiento y en la naturaleza.

— Como Fray Luis de León — dijo el tío. — «¡Qué descansada vida!, etc.» De eso te respondo. Mayor tranquilidad que en casa...

Habían dejado atrás el puerto, y la tartana caminaba ahora junto á la playa, cubierta en una gran extensión por los balnearios, cuyas banderas ondeaban á impulsos de la brisa de Levante. Más allá, multitud de barcas pescadoras, varadas en la arena, daban sombra á mujeres y hombres que remendaban las redes. Las camisetas azules, blancas y amarillas, de un amarillo fuerte, chillón, y los sombrerones de palma de los marineros, daban una nota caliente, alegre, sobre el fondo monótono de las embarcaciones, invariablemente pintadas de negro. Al otro lado de la carretera, el barrio de pescadores levantaba sus casuchas pobres, sucias, á cuyas puertas jugaba la chiquillería, entre la basura y el polvo del camino.

— Esta gente es feliz, en medio de su miseria — observó Juan.

— ¿Lo crees así? — preguntó el tío con acento de duda.

— Por lo menos, no siente los dolores, las inquietudes, las zozobras que nosotros. Todo lo que á ellos les puede apurar y herir, nos apura y hiere

también á los que vivimos como yo, incluso las dificultades económicas. Pero su fatiga se cura pronto. Duermen bien, están siempre frescos para el trabajo, el cerebro no les atosiga: todo deja en ellos menos huella espiritual que en nosotros.

— ¡Posible es! — dijo el tío tristemente. — Pero sus placeres son menores y más escasos que los nuestros. No tienen apenas compensación, y, cuando la desgracia les azota, están más solos, más inermes para recibirla... En fin, cosa es esa de que no podemos juzgar por una observación ligera. Habría que vivir con ellos íntimamente... Ya tendrás ocasión de ver algunas de sus tristezas.

Callaron de nuevo. La tartana subía la cuesta del fielato, empozada entre el cerro del castillo y el de la cantera é inundada de polvo, que el sol caldeaba horriblemente. Algunas mieses tostadas languidecían en los campos, mezcladas con chumberas de tono obscuro é higueras blanqueadas por el polvillo de la carretera. El calor era allí insufrible. Zumbaban las moscas en la penumbra del carruaje; y el caballo avanzaba pausadamente, dando resoplidos, sin que lograsen animarlo las voces y el látigo del cochero. La modorra fué ganando á tío y sobrino, haciéndoles entornar los ojos y doblar la cabeza. Juan sentía un dulce sosiego que le inundaba el cuerpo todo y sumía su espíritu en inacción consoladora. Se entregó á él plenamente, sin reaccionar siquiera contra el vaivén del carruajillo, que parecía acunarle como á un niño pequeño.

Más de media hora tardaron en vencer la cuesta. Cuando llegaron á lo alto, el Levante fresco y húmedo les azotó la cara, sacándolos del sopor en que yacían. Cobró ánimos el caballo, restalló la tralla el cocheró y la tartana comenzó á rodar, ligera y alegre, hacia la gran llanura que allá abajo extendía, hasta el lejano circo de montañas, sus espesas plantaciones de almendros, algarrobo y olivos.

Juan no agradeció el cambio, por más que sintiera alivio en el calor bochornoso de antes. Tuvo que renunciar á la suave soñolencia que le diera tan inesperado sosiego. El paisaje le atraía, con su verdor agradable, el desfile continuo de casas de recreo en que la aristocracia de otros tiempos y la burguesía de ahora habían reproducido los mil tipos tradicionales del palacio neoclásico, el chalet suizo, el castillo pseudo-gótico, la barraca valenciana, la villa parisién y hasta la mezquita musulmana, con su alminar y su cúpula de doradas tejas.

El tío Vicente charlaba por los codos, dando pormenores sobre cada cosa, recordando los buenos tiempos de la vida rural, cuando las familias más opulentas de Levantina, y no pocas de Madrid, veraneaban y aun inveraban en las quintas, y la llanura era teatro de fiestas en que se derrochaba el buen gusto y el dinero.

— A la marquesa del Pinar se le antojó una temporada ir todas las noches al teatro de la ciudad. Había entonces una compañía de zarzuela

magnífica. Era la época de gloria de Barbieri, Gaztambide, Oudrid y compañeros mártires. Y allá iba, seguida por las demás señoras en sus carretelas y tartanas, formando una procesión bulliciosa que á media noche volvía entre filas de criados y gayanes, con antorchas que iluminaban extrañamente los campos. Eso se acabó. Las grandes familias madrileñas no vienen. Han abandonado sus quintas, que los tenderos enriquecidos van comprando y modernizando ó que yacen abandonadas, las casas medio derruidas, los jardines llenos de maleza ó en poder de administradores que los plantan de viña y de hortaliza. Los mismos levantinos de pura raza van perdiendo la costumbre de veranear aquí. Vienen de vez en cuando, una tarde, una semana... Sólo algún que otro hidalgo viejo, convertido en labrador para restaurar su fortuna, ó extravagantes como yo, muy raros, claro es, que prefieren la vida del campo á la ciudadana, continúan la tradición y protestan con sus actos del absentismo. Pero al cabo, si la humanidad recobra el buen sentido y no quiere agotarse rápidamente, volverán todos y vivirán aquí. La ciudad será un conjunto de almacenes y oficinas que, á media tarde, quedarán desiertos...

— Pero entonces — observó Juan — es posible que los que aman el reposo del silencio y la soledad, tengan que irse á las ciudades cuando la gente inunde los campos.

Y se echó á reír de la ocurrencia, que el tío Vicente rió también, sin comprender su alcance.

III

No le quedaban á Juan Uceda más parientes cercanos que una hermana de su padre, la tía Micaela, casada con don Vicente Galvis, ó séase, el tío Vicente, y los dos hijos de este matrimonio: Eugenia, solterona ya madura, y Cristóbal, un adolescente de quince años. Hacía mucho tiempo que no les veía; pero la ausencia no quebrantó el afecto entre ellos, sostenido por una correspondencia algo frecuente que cada vez iba haciéndose más y más íntima y cariñosa. A medida que los miembros de la familia desaparecían, la tía Micaela — un carácter sentimental y dulce, — apretaba los lazos con los restantes, buscando en ellos como una defensa contra la tristeza que los golpes repetidos de la muerte le producían, amenazándola con una soledad que no bastaban á compensarle su marido y sus hijos. Tenía el culto de la casa ancestral, del apellido; y aunque amaba mucho á la familia que con el matrimonio se había creado,

para ella los Ucedas eran siempre una institución que debía sostenerse y prevalecer por encima de todo. Llegaba á tal punto esta preocupación suya, que en cuanto sabía de alguien que llevase el apellido no perdónaba medio de investigar si en alguna manera correspondía á su tronco; y así había llegado á encontrar ramificaciones de éste en varios pueblos de la Alcarria, amén de en otros de Albarracín, donde naciera la propia doña Micaela; y con todos los individuos así reconquistados á la relación familiar, se escribía, lo más frecuentemente posible.

Juan pensó en ella, como era natural, cuando se decidió á pedir al campo remedio para su fatiga y su excitación, verdaderamente morbosas. El tío Vicente, de tronco genuinamente levantino, había estado ejerciendo su profesión de médico, durante muchos años, en la capital. Hombre modesto, de pocas necesidades, metódico, á quien no se le conocían vicios y que había hecho una fortuna visitando enfermos, cuando se cansó del trágico de su vida profesional y la tuvo por innecesaria para hacer frente á las contingencias del porvenir, creyó llegado el momento de realizar su sueño dorado, que era vivir en la aldea donde había nacido y á la cual le ligaban los recuerdos más gratos de su niñez. Le impulsaban á ello varias razones; de un lado, el cariño que tenía á su pueblo natal; de otro, sus ideas, francamente anticidadanas desde el punto de vista higiénico y de las relaciones sociales y, en fin, la tradición de

su familia, que, aunque no tanto como á doña Micaela, también á él le tiraba y le movía el ánimo.

Los Galvis habían sido, desde tiempo inmemorial, hidalgos campesinos, enriquecidos por varios entronques á fines del siglo XVIII, pero fieles á la tierra que labró la base de su fortuna. Cuando la aldeíta de Villamar apenas existía, la gran hacienda de los Galvis, Ronesa, era el fundo más importante en una legua á la redonda, y para los labradores y braceros del contorno tenía cierto aire señorial, que se fué transmitiendo á las generaciones sucesivas y á los pobladores nuevos, venidos de otras partes. Villamar crecía bajo la tutela de Ronesa, y al llegar las luchas políticas del siglo XIX, los Galvis fueron los caciques naturales de aquellos campos, con un género de supremacía que jamás fué molesto para el pueblo, porque ninguno de ellos tuvo aspiraciones políticas y se contentó con ayudar á este ó aquel de los amigos de Levantina con los votos ó las fuerzas de los arrendatarios, protegidos y braceros, enteramente devotos de los señores. Por otra parte, en Ronesa imperaba aquel singular espíritu democrático que, aun en la nobleza española, se ha dado frecuentemente, y que permitía el acceso y el trato llano y familiar con las personas de alta y de baja extracción.

Llegó un momento en que la casa de los Galvis estuvo representada por una mujer, la abuela de don Vicente, que, viuda todavía joven, y sin más que un hijo, pasó tranquilamente el resto de su vida

cobrando rentas, dirigiendo elecciones y jugando á las cartas con varios amigos y amigas de las cercanías, que se solían congregarse en los días de fiesta y aun en los de labor; y es fama que en esta distracción, inocente en apariencia, se ganaban y perdían fuertes cantidades. Para los vecinos de Villamar, la heredera de los Galvis fué como un hombre, y nunca la llamaron por su nombre de pila, sino con el apelativo de «la señora.»

El padre de don Vicente fué labrador, ó mejor dicho, hacendado, como todos sus antecesores; pero á él llegaron ya mermadas las rentas. Tocado de la afición á los libros, le dió el naípe por las reformas agrícolas, y en ensayos y novedades se le fueron otras tajadas de la antigua Ronesa. Esto le llevó á pensar en que su hijo tomara otro rumbo, amén de que su afán erudito le inclinaba á las profesiones liberales.

Don Vicente, aunque ejerció en Levantina, no desamparó á Ronesa. Mientras vivió su padre fué á verle casi todos los domingos, y durante los meses de verano enviaba allá á su mujer y á los pequeños, y él iba y venía á la capital según las necesidades y exigencias de su clientela. Luego, y aunque no era el único heredero, pues tenía una hermana, casada y residente en Mallorca, buscó manera de quedar como exclusivo dueño de Ronesa, para lo cual ofreció compensaciones de otro género, que la hermana aceptó; y no contento con esto, fué aprovechando todas las ocasiones propicias para reconstruir el antiguo

dominio territorial de los Galvis, comprando nuevamente los trozos del fundo que en años anteriores había sido necesario vender. Los de Villamar tenían por él el afecto respetuoso de que gozara siempre la familia, mejorado en tercio y quinto merced al carácter bondadoso de don Vicente y al sinnúmero de servicios que á la continua estaba prestando, ya como médico, ya como hombre influente en la capital, á sus paisanos labriegos. Él era, además, de otro modo que sus antepasados. No tenía ni el más leve residuo del cacicazgo de los Galvis, que aun á la manera patriarcal con que se realizó, le repugnaba. Quiso desligarse en absoluto de esta tradición y lo hizo sin importarle las consecuencias. Apetecía ser un labrador más, y vivir en calma entre sus vecinos, sin preocuparse de guiarles poco ni mucho. Mas parecía que la tutela era una función sustancial en los Galvis. Don Vicente perdió por propio desistimiento la política y adquirió, sin darse él cuenta, una mucho más profunda en lo social. No era ya el «señor» del pueblo, pero sí el patrono y el consultor de todo el mundo.

Juan sabía vagamente estas cosas; pero lo que le importaba sobre todo era lo referente á la vida que podría hacer en Ronesa. Conocía dos factores para él importantes: el cariño que le tenían sus tíos y el tono plácido de aquella existencia campesina, modesta pero no desprovista de comodidades, llevada en medio de una Naturaleza espléndida. Y á ella acudió como á su mejor refugio, movido por

una fe inmensa en el efecto medicinal del campo, de las ocupaciones sencillas y ordenadas y del aislamiento de las luchas complejas del mundo ciudadano.

■■■■■■■■■■